

Una vez que doña Anselma, cuando después de haber permanecido con los ojos entornados marcando lentos círculos adelante con el índice derecho en el aire los abriera, dijese «muy bien, Camila; ¡muy bien cerrada esa interrogación!» y hubiese esbozado una sonrisa dejando caer las manos ya sobre el alfêizar ya sobre la partitura del concierto para piano suspirando y diciendo «sí; número 2 de Rachmaninov, para ser exactos», la prima Práxedes debía, ahí y nunca antes, cerrar el frasquito de esmalte para las uñas, ponerse de pie, dejarlo sobre el mármol del aparador que tenía a su espalda, rodear la mesa de centro y caminar hasta Federica para, poniéndole una mano en el hombro, decir “muy bien, Alicia”; pero que recordase, al objeto de evitar malentendidos, que el concierto era de Rasmaninov, sí; para piano, también; pero *¡a ver si puede ser que te fijas un poquito, caramba!*, el número tres.

Pero se equivocaba, casi siempre, y lo que hacía era cerrarlo, sí, y dejarlo no sobre el aparador sino sobre la repisa de la librería (que como también estaba a su espalda podía, no siendo muy exigente, ni notarse); pero, acto seguido y eso ya sí que era del todo imperdonable, se daba media vuelta y sin rodear mesa ninguna enfilaba, resuelta y muy erguida, pasillo adelante protestando algo de manchas y de orejas largas...

Entonces Isolda, que era más corta que las mangas de un chaleco y se angustiaba en seguida, se quedaba del todo perpleja y mirando de hito en hito a todo el mundo preguntaba, atragantándose viva la pobre temerosa de que se le olvidase algo, que, en tal caso, «y que *Gertrudis podía, ciertamente, estar más o menos mediatizada... era bastante influenciabile, y* – porque si la señorita Palmira estaba muy ocupada corrigiendo dictados tardaba en darse cuenta – *tal vez Josefina estuviese en lo cierto, por don Celedonio y sus teorías; pero, en atención a su memoria, permíteme puntualizar que lo que ella equiparaba con la de los conjuntos no era la vida sino **la realidad*** hasta que, antes o después pero sin que llegase a tener casi nunca que intervenir mamá quitándose las gafas como siempre que se enfadaba, volvía ella, la señorita, a **la suya** y levantaba la cabeza, y posaba sobre la mesa el lapicero rojo con el que había tachado y puesto acentos y corregido bes por uves y uves por bes y añadido o quitado alguna hache, y se llevaba a la frente su

mano derecha de dedos un poco torcidos y bastante huesuda por lo general y decía *ay Conchita qué lástima; qué pena que una frase tan bien dicha, con sus comas tan bien marcadas; y su punto con su coma y todo y hasta los tres suspensivos, tan maravillosamente enfatizados, la hayas pronunciado con tanto sentimiento y tanta credibilidad pero... ¡y es que, demonios, no os fijáis!, totalmente fuera de su tiempo y de su contexto y de su lugar* porque, que ella supiese, *hoy* era martes, y los martes no podíamos estar nunca en el cuarto de estar con chimenea de las de Tovar porque, y lo teníamos que saber de sobra, los martes por la tarde la trastienda de la ferretería del padre de la Lozano no se podía usar porque la utilizaban las señoras de la parroquia para su reunión semanal...

-Que seguro — era habitual que dijese retomando el lapicero y siguiendo con la corrección — que muchas de vuestras madres allí están» **quién lo decía.**